

Boltanski-Chiapello y la gran transformación

ALBERTO RIESCO

BOLTANSKI-CHIAPELLO Y LA GRAN TRANSFORMACIÓN

Borges, en uno de sus relatos, narra la historia de Pierre Menard, escritor que, fascinado con *El Quijote*, decide volver a escribir –por supuesto sin copiarla, tratando de escribirla como si de una obra original se tratase,- la famosa obra cervantina, de la primera a la última coma. *No quería escribir otro Quijote, sino El Quijote, ser, de alguna manera, Cervantes y llegar a El Quijote*. Pierre Menard al final logra su objetivo, pero la inutilidad de su empresa cuelga sobre nuestras cabezas¹.

Algo similar, aunque sea a un nivel más modesto, puede ocurrir cuando de lo que se trata es de abordar una obra –en Francia prácticamente convertida ya en un *bestseller*- como la escrita por Luc Boltanski y Eve Chiapello*. Pretender dar cuenta de la variedad de matices, de la riqueza de las temáticas, de las aperturas y cierres que recorren sus casi 800 páginas, le colocan a uno al borde de esa aventura demencial de reescritura completa del texto. Si a este riesgo le añadimos su próxima publicación en español², tenemos ya una buena excusa para no sentirnos del todo obligados a dar cuenta de cada una de sus páginas e ideas y centrarnos, simplemente, en aquellos aspectos

¹ Se trata de “Pierre Menard, autor del Quijote”, recogido en *Ficciones*, Madrid, Editorial Alianza, 1971.

* Luc Boltanski y Ève Chiapello, *Le nouvel esprit du capitalisme*, Gallimard, París, 1999, 844 páginas.

² La editorial AKAL de Madrid tiene prevista la publicación de *Le Nouvel Esprit du Capitalisme*, para después del verano del 2001.

que han retenido más nuestra atención, ya sea por su centralidad en el hilo argumental del libro, ya por lo sugerente de su propuesta, independientemente de que hayan sido o no tratados con profundidad en el libro. Así pues, resumiremos en pocas líneas el argumento principal abordado por el libro para, acto seguido, adentrarnos en el campo de lo sugerido por su lectura.

Muy telegráficamente podría decirse que el libro trata de dar cuenta del desarrollo histórico del capitalismo y de lo imbricado de su relación con la dinámica de la crítica, ya sea ésta en su variante social o en su variante artística. El capitalismo salvaje, en el que la única regla que organiza la extracción del beneficio es la pura violencia, es un sistema insostenible a medio y largo plazo. El capitalismo, para poder funcionar y reproducirse, además de dosis de violencia difícilmente cuestionables, requiere movilizar a la fuerza de trabajo y para ello justificarse en términos de *bien común*, elaborando *modelos de justicia*, en los que la *autonomía* y la *seguridad* de quienes en él participan queden también definidas –las denominadas *cités*³. Estos modelos de justicia –cuyos elementos fundamentales son a menudo externos al capitalismo, extraídos frecuentemente de la propia crítica– son cotidianamente confrontados a través de *pruebas* que tienen como resultado el establecimiento de los *órdenes de grandeza* que organizan una sociedad determinada y que constituyen el terreno de confrontación de determinadas *relaciones de fuerza*. El capitalismo necesita, por lo tanto, de un sistema de justificación y legitimación que es lo que los autores del libro denominan *espíritu del capitalismo*. A lo largo de la historia del capitalismo las formas de extracción de beneficio han ido modificándose a la par que sus *espíritus*. Lo que hoy viviríamos sería la emergencia de un *nuevo espíritu del capitalismo* (el tercero) al que Boltanski y Chiapello dedican su atención: el organizado en torno a la *cité* por proyectos.

La alianza entre la crítica social –centrada en la idea de desigualdad e injusticia, de egoísmo y sufrimiento– y la crítica artística –centrada en la cuestión de la alienación y de la autenticidad de una vida plena, así como en la búsqueda de la autonomía y realización personal– que tuvo lugar en 1968 supuso la destrucción del *espíritu del capitalismo* que acompañó al nacimiento del sistema fordista, poniendo patas arriba la producción y a la sociedad en su conjunto. Fue nece-

³ Consideramos conveniente mantener el término *cité* en francés, pues traducirlo como *ciudad* nos llevaría a perder de vista su carácter de cuerpo dotado de entidad ética y política.

saría la aparición de un nuevo *espíritu del capitalismo* que garantizase de nuevo la fidelidad de la fuerza de trabajo y, sobre todo, de los futuros cuadros y gestores del capitalismo -también ellos cada vez desapegados del capitalismo durante la crisis del 68. Para ello, además del recurso a la represión física directa de aquel movimiento, el capitalismo tuvo que asimilar buena parte de las reivindicaciones planteadas por la crítica -en particular por la crítica artística, pues la concesión a las reivindicaciones de la crítica social no logró imponer el *orden en la producción*- emergiendo un nuevo escenario que dejó a la crítica completamente perdida, sin saber muy bien cómo pronunciarse ante las radicales transformaciones que se estaban viviendo en los procesos productivos y que supusieron la destrucción del mundo del trabajo hasta entonces conocido, con sus convencionalismos, criterios de justicia y mecanismos de defensa de la fuerza de trabajo. A la larga *travesía del desierto* que fueron las décadas de los años 70 y 80, le ha seguido un cierto renacimiento de la crítica desde la segunda mitad de los 90 hasta hoy. Boltanski y Chiapello dedican la última parte del libro a interrogarse sobre las condiciones necesarias para no repetir los errores del pasado (en particular la disociación entre crítica social y crítica artística) y para dotar a la crítica de la fuerza necesaria para salir, de una vez por todas, de la sensación de derrota e impotencia que siguió al *crudo invierno* de los “*años de plomo*”.

Resumido -un tanto brutalmente- el contenido del libro, y entrando ya en el terreno de lo sugestivo, lo primero que cabe destacar es su análisis de la dinámica histórica del capitalismo y de la propia crítica pues, como los autores se encargan de repetir a lo largo de todo el libro, la historia del uno no es sino la historia de la otra y viceversa. Su análisis es una ruptura decidida con las lecturas evolucionistas y deterministas de la historia y las dinámicas sociales.

Boltanski y Chiapello se inspiran, como ellos mismos reconocen⁴, en la concepción del capitalismo de Schumpeter, quien no hace sino desarrollar la intuición del propio Marx, considerando al capitalismo como profundamente revolucionario y dotado de una dinámica consistente en una continua transformación de sus modos de organización, de producción y comercialización, con una invención permanente de nuevos productos y servicios. Esto constituye ya de por sí una llamada de atención para quienes confunden el hecho del manteni-

⁴ Boltanski, L. y Chiapello, E. (entrevistados por Y. Moulier-Boutang) *Vers un nouveau de la critique sociale*, en *Multitudes*, nº 3, París, noviembre de 2000, p.131.

miento de la explotación como resultado, con la permanencia de determinadas estructuras de explotación de la fuerza de trabajo. Para estos posicionamientos no hay ninguna novedad digna de destacar en el mundo que vivimos, pues lo que hoy se constata es que la explotación sigue ahí como antaño. Olvidando la necesidad que tiene el capitalismo de revolucionarse a sí mismo continuamente para poder sobrevivir, olvidan también que si la explotación perdura es gracias precisamente a ese reinventarse bajo nuevas formas y modalidades. Uno de los objetivos más explícitos del libro es el dar cuenta, precisamente, de estas nuevas formas de explotación que vive la fuerza de trabajo en el capitalismo *conexionista*, organizado en forma de *red* y que tiene en la noción de *proyecto* la metáfora adecuada para dar cuenta de las formas que adopta la actividad en el espacio reticular.

La introducción de la noción de *proyecto* nos obliga a formular una mínima reflexión. Como señala Bruno Karsenti⁵, el concepto de *proyecto* nos aleja la idea de actividad de la simple realización de una *función* –organizada en torno a los criterios de *eficacia* y *competencia*– para obligarnos a “liberarla” en una multiplicidad de sentidos, permitiéndola insertarse en la densidad interactiva de la red. El *proyecto* no supone la negación del *trabajo*, no consiste en un *ir más allá* de él, sino en una profundización de la idea de *actividad* que arrastra al concepto clásico de *trabajo*, obligándolo a escapar de los límites que lo constreñían. La actividad organizada en *proyectos* no distingue entre espacios/tiempos profesionales y espacios/tiempos personales, la competencia de la fuerza de trabajo muta y se confunde con la personalidad misma del trabajador. *Trabajo* y *vida* se entrecortan mutuamente perdiendo ambas gran parte de lo que era su especificidad respectiva⁶. Todas las dimensiones de la vida del sujeto se muestran *empleables*⁷, obligándonos así a redefinir el concepto de

⁵ Karsenti, Bruno, *Le capitalisme au présent*, en *Multitudes*, nº 3, París, noviembre de 2000, pp.147-148.

⁶ Relacionado con esto, en particular con la progresiva disolución de las fronteras *entre trabajo, intelecto y acción política*, véase Paolo Virno, *Miracle, virtuosité et “délà vu”*, París, Editions de l'éclat, 1996.

⁷ Sirva simplemente como ejemplo las nuevas formas de *management* que nos incitan a que seamos creativos y comunicativos en el trabajo, que cooperemos y trabajemos en equipo, que pongamos en juego nuestros afectos como una herramienta de trabajo más o, a otro nivel, la desregulación progresiva del tiempo de la jornada laboral, una jornada laboral cada vez más extensa y a la vez más fragmentada que dificulta la distinción entre *tiempo de trabajo* y *tiempo de ocio*, a lo que se suma también ese ir y venir continuo del *empleo* al *desempleo*, del *empleo* a los *procesos formativos continuos*,...

trabajo y a repensar nuevas herramientas intelectuales con las que abordarlo, lo mismo que nos obliga a replantearnos la dimensión y necesidades de la crítica.

Para Boltanski y Chiapello, la realización del beneficio se produce hoy, primordialmente, en la red y se encuentra directamente vinculada a la noción de *movilidad* (paso constante de un proyecto a otro,...). La explotación se funda –principalmente- en un *diferencial de movilidad*: la *movilidad* del *grande*, la fuente de su realización personal y de su obtención de beneficio, está ligada a la pobreza y la precariedad del *pequeño*⁸. La *movilidad* –principal elemento de *grandeza* en la *cité por proyectos*- del explotador requiere de la inmovilidad de los explotados (a menudo camuflada bajo el concepto de *flexibilidad*). El valor es producido en la red y una teoría de la explotación en el capitalismo *conexionista* debe de tener en cuenta la cuestión de la valorización de la misma. El explotador, por lo tanto, será quien se aproveche de la red, quien extraiga beneficios de ella sin valorizarla ni multiplicar su *conectabilidad*, impidiendo o dificultando el acceso a ella a otros, los explotados, que serían, o bien directamente los excluidos de la red o bien quienes estando en ella y multiplicando su densidad conectiva, no son remunerados en base a su contribución a la valorización de la red⁹. La valorización de la red se apoyaría hoy sobre una gran cantidad de trabajo gratuito, no reconocido oficialmente¹⁰, sin ningún tipo de estatuto ni protección, de ahí que Boltanski y Chiapello insistan en la urgencia de elaborar un “*estatuto de la movilidad*”, en lograr garantizar la seguridad y la protección del trabajador en un mundo flotante como el del capitalismo en red.

En este sentido, los autores analizan lo que consideran algunas iniciativas, más o menos potentes, orientadas a hacer frente a las nuevas formas de explotación que adopta un mundo en red (medidas que tratan de igualar las condiciones de acceso a la red, que buscan establecer un marco contable que cense a quienes participan en la valorización de las redes, que reorganizan las contribuciones de éstos...), se interrogan sobre la relevancia del derecho, sobre sus posibilidades y limitaciones, en la construcción de este *nuevo estatuto de los trabaja-*

⁸ Aquí la noción de *grande* y *pequeño* hace referencia a los *órdenes de grandeza* que se establecen en cada sociedad y no tienen porqué estar relacionados necesariamente con una cuestión cuantitativa de tamaño.

⁹ Boltanski y Chiapello, Op. Cit. 2000, p.136.

¹⁰ En este sentido, la noción de *competencia* puede tener bastante utilidad desde el punto de vista político.

dores, un estatuto que debe saber adaptarse al *nuevo espíritu del capitalismo* —el de la *cité por proyectos*— y no continuar anclado en el de la sociedad fordista. Este esfuerzo por repensar las nuevas categorías de la explotación que sirva a su vez para facilitar el relanzamiento de la crítica social en la actualidad, más allá de que se comparta o no el modelo propuesto es, a nuestro juicio, uno de los grandes méritos de este libro. Sólo entonces, quizás estemos en condiciones de contestar a Bruno Latour cuando se pregunta sobre cómo construir la justicia en el mundo de la flexibilidad¹¹.

La *ideología* es otra de las grandes temáticas abordadas en el libro. En sus primeras páginas se indica como objeto del mismo a “*los cambios ideológicos que han acompañado las recientes transformaciones del capitalismo*”¹². Merece la pena prestar atención a la forma en que abordan esta cuestión pues constituye una de las aportaciones más interesantes de la obra.

Boltanski y Chiapello parten de la idea de que el capitalismo es un sistema vertebrado por una exigencia de acumulación ilimitada de capital mediante medios formalmente pacíficos¹³. En este sentido estaríamos ante un sistema “*amoral*” donde lo principal es la obtención de beneficios. Señalan también los autores que, bajo múltiples aspectos, el capitalismo es un sistema absurdo que requiere por ello de la movilización constante de un numeroso grupo de personas para poder funcionar. Dado que la obtención de beneficios no está al alcance de toda la gente movilizada por la dinámica capitalista, ésta debe recurrir, de cara a obtener una adhesión más o menos real de la fuerza de trabajo —y ahí radicaría su fuerza y debilidad como sistema— a lo que denominan el *espíritu del capitalismo*, que no sería más que la “*ideología que justifica el compromiso con el capitalismo*”¹⁴.

Siguiendo a Weber consideran que los elementos constitutivos de este *espíritu del capitalismo* no tienen porqué ser internos al capitalismo, sino que pueden ser —y suelen serlo de hecho— motivos ajenos a la propia lógica de acumulación capitalista, aún siendo funcionales con ella (ese sería el caso del *ascetismo* y la *predestinación* calvinista señaladas por Weber). El capitalismo debe, de cara a su supervivencia, ser

¹¹ Latour, Bruno, *Comment être anticapitaliste*, en *Libération*, 25-11-99.

¹² Boltanski, L. y Chiapello, E., *Le Nouvel Esprit du Capitalisme*, París, Gallimard, 1999, p. 35.

¹³ Idem, p. 37.

¹⁴ Idem, p. 42.

capaz de establecer constricciones a su ilimitado deseo de obtención de beneficios mediante principios éticos que hagan referencia a alguna noción de *bien común*. Estas referencias al bien común son frecuentemente construidas por la crítica, con la que el capitalismo tiene que lidiar cotidianamente, retomando parte de sus argumentos, si no quiere perecer (¿sería comprensible, por poner un ejemplo, la aparición de las políticas keynesianas en el mundo occidental de no haber existido la *amenaza comunista* del bloque soviético?). Es en este sentido que enfatizábamos más arriba interrelación entre capitalismo y crítica.

Estamos lejos de las concepciones simplistas del concepto de *ideología* que la reducen a simple *superestructura*. Retomando a Karsenti podemos decir que el *espíritu del capitalismo* no es un simple sistema de representación que nos oculta la realidad, sino que constituye un conjunto de esquemas prácticos orientados hacia la acción. La justificación que de continuo tiene que poner en marcha el capitalismo no consiste en una simple legitimación a posteriori, una argucia o un engaño, sino en una dimensión de la propia acción, en uno de sus aspectos¹⁵. Estaríamos por lo tanto ante una ideología concebida materialmente, que sólo existe en el interior del sistema de acción que limita y a la vez realiza. Un constructo ideológico que marca las reglas de juego en las que la acción puede desarrollarse –y en ese sentido la limita– a la vez que es condición misma de su posibilidad y extensión. Forzando quizás los términos podemos remitir esta idea a los “*modelo de*” y “*modelo para*” de C. Geertz¹⁶.

El *espíritu del capitalismo* no separaría por lo tanto la esfera de las representaciones de lo real de la esfera de la realidad económica. No podría establecerse una línea unicausal de *lo económico a lo ideológico* sino que estaríamos ante una interacción continua de ambos elementos. Esto nos permite abandonar las *sociologías fatalistas* que parecen ver en el capital y en sus representantes a los únicos agentes de la historia. *Teorías del complot* que ven el devenir de las sociedades como un simple plan elaborado desde las alturas ante el cual sólo cabe resignarse. El libro de Boltanski y Chiapello devuelven a la crítica su potencia y su capacidad de intervenir, con todas las limitaciones que se quiera, en el transcurrir de los acontecimientos, a la par que nos obliga a

¹⁵ Karsenti, B., Op. Cit., p.144.

¹⁶ Véase Geertz, C., *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1990, pp. 91-92.

tomar en cuenta las ambigüedades que habitan tanto al capitalismo como a la propia crítica, poniendo en cuestión las posturas que parten de una exterioridad absoluta de la crítica –en estado de plena pureza- con respecto a un sistema –el capitalista- definido por su corrupción. ¿Es posible que la crítica rompa con esta ambigüedad que parece perseguirla? ¿o estará condenada permanentemente a ser recuperada y desactivada? En definitiva, se trata de no pretender evacuar la ambivalencia social y evitar caer tanto en una visión del mundo como simples relaciones de fuerza (Bourdieu), así como en la corriente que enfatiza la dimensión positiva de la construcción del vínculo social (sería el caso del anterior trabajo de Boltanski con Thévenot, *De la Justification*)¹⁷.

Es importante insistir en que el capitalismo, con respecto a la crítica, no opera una simple recuperación, como si se tratara de una especie de mentirijilla destinada a aplacar las iras de la crítica y permitir que el agua vuelva a su cauce. La asimilación por parte del capitalismo tras los acontecimientos del 68, de buena parte de las reivindicaciones avanzadas por la crítica artística –reivindicaciones de creatividad y autonomía, del trabajo en equipo, la crítica al carácter alienado de la cadena fordista, de las estructuras jerarquizadas y verticalmente organizadas- no fue simplemente una *operación publicitaria* del capital para recuperar una situación que se le iba de las manos. Estos elementos –en su origen cargados de una valencia emancipadora- fueron asumidos con “*sinceridad*” por parte del capital, cierto es que obligados por la gravedad de los acontecimientos y no por todos los sectores de la patronal francesa, sino tan sólo por sus segmentos más innovadores. La *realidad* de estos cambios es difícilmente cuestionable¹⁸: las nuevas formas de organización del trabajo enfatizan el trabajo en equipo (círculos de calidad,...), la figura del jefe autoritario “desaparece” y emerge el *animador*, el *coordinador*, se insta a la capacidad de comunicación de los trabajadores, quienes están llamados a

¹⁷ Este *justo medio*, esta salida del convencionalismo presente en *De la Justification* se logra en parte en este libro gracias a la consideración de la *prueba* no sólo como prueba de grandeza, sino también de fuerza (Véase karsenti, B., Op. Cit., pp 158-160).

¹⁸ Estas transformaciones son recogidas con detalle a lo largo de todo el libro, pero más en particular en el prólogo y en las dos primeras partes (pp. 91-419), donde se abordan las principales características del nuevo espíritu del capitalismo a partir del análisis detallado de la numerosa literatura de gestión (*managerial*) de los años 90, también se analiza el mayo del 68 francés y los procesos de deconstrucción del mundo del trabajo hasta hoy conocido.

sentir la empresa como algo suyo propio –no sea más que gracias a esa tendencia, cada vez más recurrente en países como EE.UU, de dar a los trabajadores una parte cada vez mayor de sus salarios en forma de acciones de la empresa- etc.

Negar estos cambios no tiene ningún sentido, de poco sirve hacer como si nada hubiese pasado en estos últimos 30 años. Otra cosa distinta es creer que estos cambios nos permiten hablar hoy del fin del trabajo, de la *empresa liberada*, del fin de la explotación o de las relaciones de dominación en el seno de las empresas, del advenimiento de la sociedad sin clases,... Paolo Virno nos proporciona algunos elementos de reflexión interesantes¹⁹. Aunque nos chirrié el término por su carácter un tanto trasnochado que nos sugiere de nuevo la existencia de un complot, para Virno, lo que se vivió durante la buena parte de los 70 y 80 en el mundo occidental no fue sino una *contrarrevolución*. Los proyectos emancipatorios de los años 60 y principios de los 70 protagonizados principalmente por el obrero de la fábrica fordista –lo que se denominó el *obrero-masa*- a los que se sumaron las luchas antinucleares, de liberación sexual, nacional, estudiantil... fueron derrotadas –de forma más o menos violenta, dependiendo de los casos- y dieron paso a la *contrarrevolución*, pero ésta, y aquí viene lo que nos interesa, no consiste en una simple vuelta atrás, en un retorno al modelo anterior (el *fordismo* se encontraba bastante deslegitimado) sino en una auténtica *revolución del revés*: el capitalismo retomó las preguntas y desafíos lanzados por las luchas de los 60 y 70 pero dándoles la vuelta y planteando respuestas diferentes a las que aquellos hubieran dado, eliminando así –o reduciéndola al mínimo- la posible carga antagonista de estas exigencias de autonomía, creatividad... Como señala Virno, “hay que esforzarse en reconocer, en cada aspecto de la contrarrevolución, la silueta, los contenidos y cualidades de una revolución posible”. Detrás del *espíritu del capitalismo* es posible rastrear las huellas de auténticos procesos de luchas que no pueden ser despachados simplemente con un “el capitalismo nos ha vuelto a vender la moto”. Esto nos permite abrir nuevas posibilidades para la crítica, impidiendo que continúe anclada en un contexto ya pasado, planteando soluciones completamente desconectadas de las características del *nuevo espíritu del capitalismo* en marcha.

¹⁹ Virno, Paolo, “Do you remember counterrevolution?” en Balestrini, N. y Moroni, P., *L'orda d'oro*, Milán, Sugarco edizioni, 1988.

Así pues, partir de lo dado, partir de la nueva *Gran Transformación* en la que se encuentran embarcadas nuestras sociedades, pero no como una apología de *lo posible*, sino como el escenario real donde nos jugamos la posibilidad de otros *imposibles posibles* (y necesarios).